

El Programa Cultura

los caminos cortos y los caminos largos hacia la plenitud*

Jesús Galindo Cáceres

Primera

Relatar una historia reciente no es fácil: el calor está aún muy cercano, sensación aparente de un presente que ya no existe. Y por otra parte la savia se ha secado parcialmente, la percepción se deja llevar por una falta de vida que aún no es cierta. Otro inconveniente es la memoria de lo ajeno; la historia sigue, pero los caminos se han apartado, ¿cómo hablar de lo que es ajeno aún cuando en otro tiempo haya sido tan propio? Todo está revuelto, los sueños del principio con la sonrisa de la partida, el movimiento de los días de juego y conflicto con esta tarde de recuerdos poblados de sombras y de luces. El primer impulso es ir hacia adentro, hasta el lugar que recibe pocas visitas, que no acostumbra conversar ni ser cortés. Un viaje necesario para indagar qué mensajes ha dejado el tiempo guardados para un curioso imprudente. Ahí están los sentimientos profundos, los anhelos borrados, las huellas de la pasión olvidada. Este primer viaje tiene un costo muy alto. El segundo impulso es dejar a la pantalla de las imágenes de lo inexistente, libre de todo control y sentarse a escribir la crónica de lo que aparece; después, podría venir un análisis, o la censura del crítico perspicaz. El tercer impulso es sencillo, simple, económico, el olvido. Sacudir la inquietud, reposar un momento, y sólo seguir adelante.

* El presente texto fue escrito por uno de los fundadores de nuestra revista para conmemorar el XVIII Aniversario de su aparición.

Segunda

Conocí a Jorge González en los años setenta, en el otoño de 1974. Fue un encuentro distante, estábamos inscritos en el curso de Joseph Rota, un doctor en comunicación, que iniciaba un proyecto de investigación sobre audiencias de medios de difusión en la Ciudad de México. Yo trabajé con el grupo de cine, Jorge no recuerdo en qué grupo quedó. Aplicamos una encuesta, tampoco coincidimos en ese grupo, y el curso terminó. Lo volví a ver en ese año en el encuentro mundial de comunicación, organizado por Televisa en Acapulco; creo que coincidimos en alguna actividad del evento. Él iba con Laura, la que sería su esposa unos años después. En aquel tiempo yo me interesaba sobre todo en el cine, y ligaba ese interés con la carrera de comunicación de la Ibero, y con mis otras actividades asociadas a la literatura. Jorge había estudiado, un tiempo, algo sobre Ingeniería y había entrado a comunicación en un cambio de vocación y de vida.

Estudiando en la Ibero volvimos a coincidir en un curso de Sociología de la comunicación con la maestra Patricia Torres Maya. Después de algunas sesiones, una mañana, al terminar la clase la maestra nos llamó, nos explicó que nuestra presencia era muy interesante, pero muy agresiva, así que nos pedía que le hiciéramos el favor de desaparecer de su vida. Jorge y yo nos quedamos mudos sin entender qué había pasado. Ahí fue cuando nos reconocimos por primera vez, y al conversar sobre el asunto de la expulsión nos hicimos amigos. En ese entonces Jorge estaba muy interesado en el marxismo y la sociología de la cultura; yo por mi parte tenía intereses variados, estaba leyendo mucha literatura y filosofía, empezaba a leer ciencias sociales y ciencia en general.

El siguiente episodio de nuestra relación fue un curso de verano que trabajamos en conjunto; Jorge era el titular de la materia y me invitó a construir una propuesta entre los dos, era el año de 1977. Con el pretexto de la preparación del curso nos reuníamos en su casa, que compartía entonces con su hermana Patricia, quien tocaba el fagot en una sinfónica de la ciudad, y nos pasábamos el día oyendo música, cantando; Jorge tocaba el piano, y conversábamos de todo. Él estaba empezando su posgrado en Sociología en la Ibero, seguía los pasos de su maestro Gilberto Giménez; yo estaba leyendo sobre varios temas, profundizaba en asuntos de comunicación interpersonal, interacción, y sobre todo, poética y lenguaje.

Jorge se casó y se fue a vivir a Cuajimalpa, entró a trabajar a la UAM-Xoxhimalco; yo, por mi parte, me fui a vivir a una comuna; después fun-

dé una, y empecé –sin terminar– estudios de posgrado en Sociología en la UNAM, y en Lingüística en el Colegio de México. Mi encuentro con la Antropología después de la Lingüística fue todo un acontecimiento; entré a estudiar el posgrado correspondiente en la ENAH, la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Jorge me invitó a trabajar en 1981 a la UAM-X, al área que él coordinaba, la de Comunicación y Culturas Subalternas. La gestión no salió bien del todo, no entré a su área, sino a la de Lenguajes, por mi formación en cine y Lingüística. Ahí trabajamos juntos por poco más de un año; yo combinaba mi tiempo entre mi trabajo en el área tres y la suya, el área uno. Organizamos un congreso sobre Comunicación y Cultura en 1982, y nos la pasamos muy bien, fue muy divertido y productivo. En aquellos días hicimos muchas cosas juntos, yo seguía con mi proyecto de vida comunitaria, y él ya tenía dos hijos.

Los años ochenta fueron de cambios tanto en la vida de Jorge como en la mía. Ambos hicimos nuestros estudios de doctorado al inicio de la década: el mismo programa, pero en diferentes trayectorias. Jorge había interrumpido sus estudios de posgrado al terminar la maestría, el matrimonio, los hijos y el arranque de su carrera profesional lo habían tenido más que ocupado. Por mi parte, me encontraba en una crisis personal, la comuna había dejado de ser un gran proyecto y caído en costumbre, la militancia política también había perdido su gracia, la revolución parecía alejarse en los brazos de burocracias e intereses personales. Promoví que Jorge hiciera el doctorado y cerrara ese ciclo de formación, era importante para su carrera. Por mi lado, terminé el doctorado reflexionando sobre lo que había sucedido en la comuna y en la militancia en el movimiento urbano popular. Jorge, al mismo tiempo que yo me hacía militante y libertario de tiempo completo: se había formado como seguidor de un grupo practicante de filosofía oriental. Hacia la mitad de la década de los ochenta, él decide salir de la Ciudad de México, regresa a la tierra de su madre, Colima, e inicia un proyecto de vida alternativa junto con su mujer y sus hijos. Mientras tanto, yo voy cerrando pendientes y preparo un viaje hacia otra parte dentro y fuera del país. La siguiente cita nos encontraría frescos, poderosos, y listos para iniciar un nuevo ciclo en nuestras vidas.

Hacia finales del 1984, diez años después de nuestro primer encuentro, Jorge estaba en Colima iniciando una nueva vida para él y para su familia. Había encontrado acomodo en la Universidad de Colima, que tenía una política de contratación de doctores que quisieran ir a fundar los centros de investigación que promovía la rectoría en alianza con el gobierno del estado. Su vida transcurría entre la universidad y el inicio

de un programa de investigación regional, y su casa-rancho en el camino de Comala a Suchitlán, a una media hora de la ciudad de Colima. Por lo que respecta a mí, estaba encerrado terminando mi tesis de doctorado y buscando trabajo fuera de la ciudad de México. En los últimos días del año, aprovechando que Jorge estaba en México de vacaciones, nos reunimos para ir al cine y a cenar. En las servilletas de un "Portón", un restorán de comida mexicana, quedó diseñado el *Programa Cultura* después de una sobremesa típica de nuestros encuentros, el proyecto estaba listo, había que ponerse a trabajar.

Viajé a Colima en febrero de 1985 a conocer la situación y a que la situación me conociera. Me doctoré después de esa visita, hice un viaje por Centroamérica y llegué a trabajar en la fundación del *Programa Cultura* a principios del mes de mayo. Trabajé con Jorge en el diseño del programa general durante uno o dos meses, y me fui al norte del país a iniciar mi programa de investigación sobre cultura mexicana. En el mes de julio o agosto llegó Gabriel González Molina, discípulo de Jorge, comprometido a trabajar en Colima por el financiamiento que había recibido para su doctorado en Inglaterra. En agosto terminamos de afinar entre los tres el proyecto general; nace el proyecto de investigación sobre las telenovelas como nuestro proyecto principal. En septiembre, nace oficialmente el *Programa de Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. Regreso al norte para cerrar los convenios con las universidades de por allá para el siguiente año, y me voy cinco meses a Sudamérica a cumplir un proyecto que tenía avanzado desde tiempo atrás. Viajo promoviendo al *Programa Cultura* y al proyecto de telenovelas. En aquel entonces no había Internet; no me entero de lo que pasa en México hasta mi regreso. Ya en 1986, Gabriel rompe con Jorge y se va de Colima, y Jorge y yo tenemos un distanciamiento por causa de un pleito mío con Jesús Martín Barbero. El horizonte se llena de nubarrones. "Mal empieza la semana al que ahorcan en lunes". Pero esos eran apenas los primeros meses de lo que fue una historia de quince años.

Colima en los años ochenta era una ciudad de pequeña a mediana que rebasaba con dificultad los cien mil habitantes, sin industria, sin oferta cultural, con zona roja, con horarios rurales, con vuelta los domingos al parque, con mujeres de vestidos amplios y moños en el pelo, con raptos de muchachas por novios ansiosos, de feria ganadera como evento del año, lejos del mar, con estación del tren, con cenadurías que abrían sólo unas horas al caer la tarde, con gastronomía popular a base de masa de maíz, con Guadalajara a cinco horas, con tiendas donde había que pedir todo a la misma Guadalajara, con calor diez meses del año, con una

universidad dirigida por un maestro normalista, con un gobierno del estado con otra maestra normalista a la cabeza, con la memoria de los cristeros aún fresca, con una casa arzobispal requisada que nadie compraba y que terminó siendo un estacionamiento público, con periódicos armados a base de chismes, con madres solteras y abandonadas, con calbata y doce de diciembre, con el Hotel Ceballos y el "Charco de la Higuera" (restaurante de comida típica colimense). Una ciudad capital que abría los comercios del centro a las cuatro de la mañana, para cerrarlos a las seis y volverlos a abrir a las nueve. Siesta de puertas y ventanas cerradas de dos a cinco de la tarde. Calles desiertas a las tres de la tarde y repletas a las siete al caer el sol. Clase dominante ganadera, agrícola y comerciante. Teatro vacío todo el año. Flores por todas partes. Casas de un piso. Verde. De calor seco. Sin clase media ilustrada. Y ahí llegamos y fundamos un programa de investigación que en pocos años se convirtió en el más importante del estado, y en uno de los más importantes del país en ciencias sociales.

Tercera

En 1983, llega a la Universidad de Colima Jorge A. González; ese año trabajaría en su investigación sobre la Feria de Colima, dentro de su programa sobre los frentes culturales. La investigación le permitiría completar la información para redactar su tesis de doctorado; la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco le había concedido un año sabático para cumplir con esa meta. Jorge iba también con el plan paralelo de probar, junto con su mujer y sus dos hijos, si podrían adaptarse a vivir en un medio tan distinto en apariencia al de la Ciudad de México, lugar en el que ni él ni su mujer, Laura, deseaban que su familia se desarrollara. Jorge ya había vivido en Colima en su adolescencia, y la conocía de tiempo atrás: la familia de su madre y su madre misma eran de por allá y el había tenido contacto desde niño con la ciudad y la región. El proceso de adaptación no fue sencillo, pero la joven pareja con sus hijos pequeños se fue acomodando a la nueva vida. Al terminar el sabático, la decisión familiar estaba tomada, se quedaría en Colima, vivían en ese entonces en un rancho que habían alquilado para ensayar una vida apegada a la naturaleza. El experimento duró poco, o quizás demasiado, como un año; la familia se pasó a vivir al pueblo de Comala, a unos veinte minutos o menos de la ciudad de Colima. El contrato con la Universidad se confirmó y Jorge formalizó el *Programa de Estudios sobre las Culturas de*

Occidente, PESCO, y en solitario inició un proyecto de formación de estudiantes y de invitación de nuevos profesores. En ese contexto viajó a la ciudad de México a finales del año 1984 para pasar las fiestas con la familia de Laura, y se reencontró con un viejo amigo, Jesús Galindo.

Jesús Galindo estaba terminando de redactar su tesis de doctorado sobre movimientos sociales urbanos y cultura política. En los últimos años se había dedicado a trabajar en el llamado Movimiento Urbano Popular de la ciudad de México y ponía por escrito su experiencia y algunos conceptos que había ido construyendo en la interacción entre el estudio y la militancia. Cuando se encuentra a Jorge, en la víspera del año nuevo del año 1985, andaba explorando opciones entre la vida académica con la historia social, el urbanismo, y la antropología urbana, y la continuación de la militancia por otros medios en el teatro callejero. El encuentro con Jorge movió su trayectoria hacia Colima, había una plaza y la oportunidad de ocuparla. La idea de ser investigador de tiempo completo no le gustaba del todo, pero la propuesta de continuar la militancia por otros medios, construyendo opciones conceptuales para entender mejor al país, y viajar para completar su propia visión de México, terminó por convencerlo. Se despidió de amigos y acompañantes y se fue a Colima a empezar un nuevo ciclo. Cuando le preguntaban a qué iba para allá, él respondía: "A aprender a volar, en Colima puedo aprender a volar. Aquí en la Ciudad de México sólo vives al ras del piso".

El año de 1985 es el momento de la fundación del *Programa de Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, el *Programa Cultura*. En un principio el PESCO era el proyecto para trabajar, pero a Galindo no le interesaba del todo permanecer en Colima, había estado gestionando por tres años un proyecto sobre la cultura urbana de la frontera norte, el proyecto había salido, y deseaba desarrollarlo desde Colima, no en Colima. En ese momento parecía que el asunto de la cultura nortea lo podría mantener ocupado durante varios años, así que el nombre regional del programa no le parecía pertinente. Después de dialogar unos días deciden cambiar al PESCO por *Culturas Contemporáneas*, lo que permitía una visión más amplia y universal del asunto, además de marcar una línea entre los estudios tradicionales sobre la cultura en México y lo que ahora se pretendía: relacionar al país con la cultura mundial. La incorporación de Gabriel González Molina, ese mismo año, terminó de abrir el horizonte, los medios de difusión, y la información en particular, serían uno de los objetos centrales de investigación del programa. El más interesado en los medios en ese momento era Gabriel González; Jorge estaba

metido en la idea de formar un centro de estudios culturales a la inglesa, y Galindo promovía la idea de un programa de investigación-acción sobre la cultura mexicana y los movimientos sociales. El *Programa Cultura* estaba fundado. Tres proyectos lo armaban, el de los frentes culturales, de Jorge A. González, el de las industrias culturales, de Gabriel González, y el de la cultura urbana mexicana, de Jesús Galindo.

El proyecto que asociaba a las tres propuestas fue el de la investigación sobre las telenovelas, que con el tiempo le dio prestigio internacional al *Programa Cultura*. Al proyecto estuvo asociado Jesús Martín Barbero, quien pasó unas semanas en Colima en el año sabático del cual surgiría el libro *Medios y mediaciones*. De esta manera, el inicio era monumental: la investigación se realizaría en México, en Estados Unidos y en Sudamérica en forma simultánea. Una escuela de estudios estaba naciendo, trabajaría con cultura contemporánea latina, hispana, con el producto industrial cultural más impactante de aquellos años: las telenovelas. Y por otra parte, el programa se completaba en un abanico de actividades que incluía la formación de investigadores, la construcción de sistemas de información, la difusión cultural, la promoción y la intervención. Galindo pretendía, incluso, llegar a producir una telenovela sobre la cultura de la frontera, la migración, la historia del siglo veinte mexicano.

Difícil imaginar un arranque más impresionante. Se conformó una red nacional de investigación sobre cultura, se configuró una red internacional. Se armó un proyecto editorial con los cinco primeros libros. Se diseñó la maqueta de la revista *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. Quedó constituido el Centro de Información sobre el Análisis de las Culturas Contemporáneas. Se definió el primer borrador de un Doctorado en Cultura para el año 1986. Se armó una prospectiva de desarrollo a siete años. A Colima llegaron en ese mismo año de 1985, investigadores sobre cultura de prestigio internacional: mexicanos, españoles, franceses, ingleses, colombianos. Colima, de pronto, aparece en el mapa de la vida académica nacional e internacional en ciencias sociales. Los tres fundadores invierten su esfuerzo en armar un gran proyecto de investigación y en conformar la red nacional e internacional de trabajo y colaboración. Galindo viaja a Sudamérica a promover el proyecto. Y al final de ese impresionante año de 1985, el principio de realidad sorprende al sueño maravilloso.

Jesús Galindo tiene una diferencia de puntos de vista sobre el proyecto de investigación en telenovelas con Jesús Martín Barbero en Colombia. Martín Barbero proponía ser el jefe único e indiscutible del asunto, Galindo proponía un proyecto colectivo sin cabeza visible, sólo con un nombre impersonal grupal. Martín Barbero no cede, Galindo rompe su relación con él. Los González se separan en Colima: Gabriel sale del programa y se va a trabajar a Puebla, un problema de egos y de prestigios junto a otros aspectos personales. El González colimense discute con Galindo la ruptura con Martín Barbero, se presenta un distanciamiento entre ellos. El programa tiene su segundo nacimiento, sobrevive a la crisis de realidad del año 1986. A lo ya mencionado se agregan conflictos locales con gente de la Universidad, más ego y testosterona. No llegan relevos para sustituir a Gabriel González, el programa queda reducido a dos personas. El sentido común vence y el camino se reinicia. Pero ahora son dos proyectos de trabajo individuales los que avanzan: uno, el de las telenovelas, que queda a cargo de Jorge González; el otro, el de la cultura nacional y regional, a cargo de Jesús Galindo. Y se inicia la incorporación de nuevos personajes, ahora locales; llegan las mujeres, las estudiantes, las colimotas. El programa toma rumbo en medio de la borrasca en el año de 1986.

Galindo se va a vivir al norte del país, primero a Hermosillo, después a Tijuana. Allá permanecerá hasta el año de 1987, y de hecho, nunca volverá a estar por completo en Colima; será un viajero constante y entusiasta; en principio, para completar su proyecto de conocer todo el país y América Latina, y en parte, para mantener una sana distancia de las tensiones de lo local en Colima, en vista de los acontecimientos relatados. González toma el liderazgo en lo local y forma a varias generaciones de estudiantes, al tiempo que adquiere visibilidad dentro y fuera de la universidad, dentro y fuera del país. Galindo sigue en su empeño de formar redes de trabajo; González trabaja sus proyectos promoviendo la imagen del programa en el interior y al exterior. La colaboración es muy buena, se complementan, conversan bien, acuerdan con rapidez, actúan rápido y con energía, y se guardan mutuamente las espaldas. Para finales de la década de los ochenta, el programa se ha consolidado en su segundo nacimiento. La red nacional existe y trabaja, el sistema de información continúa en operación y se enriquece, los seminarios con profesores visitantes continúan, la formación de estudiantes da frutos, la revista se publica con periodicidad, han salido los primeros libros de la colección, los proyectos de investigación se desarrollan, se presentan resultados en distintos foros nacionales y extranjeros. El *Programa Cultura* es una reali-

dad. Se agregan a su cuerpo académico dos investigadores más del Centro Universitario de Investigaciones Sociales, CUIS: Tere Quinto y José Miguel Romero de Solís; la revista gana una plaza para su administración, la ocupa primero Verónica Valenzuela y después Ana Uribe.

La institucionalización toma forma, la revista sesiona como consejo editorial con periodicidad, su administración es eficiente y extenuante; el programa sesiona también con calendario y plan de trabajo, los fundadores se reúnen para el trabajo de cúpula en cada ocasión que Galindo regresa. La productividad empieza a ser factor, hasta llevar al programa de investigación a ser el más productivo de la universidad. Y en esta dinámica, termina el primer ciclo de trabajo entre los años 1991 y 1992, cuando González solicita su sabático y se va a España un año a la Universidad Complutense de Madrid. Galindo queda solo al frente, y con su espíritu libertario promueve una nueva fundación del programa con la nueva generación: Angélica Bautista, Ana Uribe y Karla Covarrubias, tres estudiantes ya formadas y en proceso de continuar sus estudios de posgrado. De nuevo la realidad sorprende al sueño.

Las nuevas investigadoras en formación son jóvenes e inexpertas, la gestión de Galindo no llega muy lejos, el proyecto se detiene, las tres jóvenes integrantes del programa salen del país a estudiar sus posgrados y queda pendiente su participación en un nuevo *Programa Cultura*. González vuelve de su sabático y continúa la dinámica anterior con un nuevo proyecto, el *FOCYP*, (*Formación de las ofertas culturales y sus públicos*). Este proyecto es el anterior de las telenovelas en formato de organización, y aunque la propuesta no es novedosa en ese sentido, sí trae novedades en cuanto a metodología y objetivos; en general, es una continuación evidente del programa del primer ciclo hacia el segundo. Galindo se va de sabático a la Ciudad de México en el año 1993, alcanza a apoyar el nuevo proyecto de González, pero sus miras están en la figura de la red. Desde el sabático y a partir de él, promueve un nuevo esquema de la red de investigación, la separa del *Programa Cultura* y le impregna un estatus de autonomía de la investigación de la cultura y de Colima. Esto fue resultado de la visión de que la red del *Programa Cultura* se había estancado por su estructura vertical centrada en Colima; ahora había que construir otra red horizontal y comunitaria. El libertario de nuevo. Y por otra parte, el proyecto implicaba al mismo tiempo que los cambios, una continuidad del espíritu del *Programa Cultura* en cuanto a gestor y promotor de la cultura de investigación.

Al terminar el ciclo de 1985-1992, el cierre tiene una actividad que será trascendente para el siguiente ciclo 1993-2000, el Coloquio sobre Metodología y Cultura, organizado en colaboración con el Seminario de Estudios de la Cultura, (SEC), del CNCA (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes). Ahí queda claro que la investigación cultural tiene matrices, historia, genealogía, y por tanto límites, posibilidades, taras y luces. De ahí parte Galindo para proponer la nueva red: la RICC (Red de Investigación y Comunicación Compleja), y a GACI (Grupo de Acción en Cultura de Investigación). Estos dos aparatos son creaciones del segundo ciclo, y llegan a incorporar a cerca de 500 integrantes nacionales y extranjeros. La red se inaugura oficialmente en Colima, con antecedentes desde el año 1994, en 1996, con un Coloquio de celebración de los diez primeros años de la revista *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. Vendrán después coloquios anuales hasta el año 2000, cuando termina el ciclo de vida de la RICC como tal.

En este segundo aire del *Programa Cultura*, las actividades se combinan; por una parte, se continúa con la dinámica ganada en el primer ciclo, la revista se consolida como el gran proyecto del programa, llega Genaro Zenteno de la Ciudad de México para hacerse cargo con gran eficiencia; las reuniones académicas continúan, la formación sigue, el sistema de información crece. Y por otra parte, los fundadores rebasan por completo el ámbito local con sus proyectos: por una parte, Galindo con la RICC y GACI, y por otra, González con su vinculación al SEC-CNCA, primero con FOCYP, y después a la SEP (Secretaría de Educación Pública), con el proyecto de investigación sobre usos de la tecnología educativa por parte de los profesores de educación media en el país. Colima va desapareciendo del horizonte de los fundadores, pero el *Programa Cultura* sigue siendo la cobertura de los nuevos proyectos, y la revista, el vínculo entre sus integrantes. Los otros miembros asociados tienen sus propias trayectorias individuales. José Miguel Romero invierte su tiempo y energía en el proyecto del Archivo Histórico del Municipio de Colima, y Tere Quinto se dedica a sacar adelante su proyecto de doctorado. Queda como el centro administrativo-afectivo del programa la figura amable y muy competente de Angélica Rocha.

Los fundadores buscan un nuevo proyecto que estratégicamente los vincule a Colima y a los compañeros del CUIS: promueven la formación de un doctorado, que en principio no será en cultura solamente, pero tampoco sería en ciencias sociales, como finalmente quedó. En este impulso llega al programa, al CUIS y a Colima una nueva integrante, Ana

Isabel Zermeño, para encargarse de la coordinación del doctorado, ante la impertinencia política de que un miembro del CUIS fuera el coordinador, y con ello sobresaliera de los demás en este proyecto que se pretendía colectivo y grupal. Zermeño sería unos años después directora del mismo CUIS.

En la segunda parte de este segundo ciclo se verifica un fenómeno que anuncia con claridad que la dinámica y el esquema del primero está vigente, pero que la nueva generación ha crecido y necesita espacio propio para desarrollar sus iniciativas y proyectos. Karla Covarrubias vuelve de sus estudios de doctorado en Madrid, en la Complutense, Ana Uribe regresa de sus estudios de posgrado en São Paulo, en la Metodista. Ambas arman un proyecto de investigación que continúa la única línea de trabajo que se presenta en los dos ciclos, el estudio de las telenovelas. Cambian la visión metodológica al ensayo de nuevas formas de construir información: los grupos de discusión, y promueven una red nacional para realizar el proyecto. González mira desde lejos el proceso como un maestro entre satisfecho y sorprendido; Galindo colabora con ellas en la parte metodológica, que es el centro de su nuevo proyecto en GACI. El programa ha cambiado, una nueva generación está presente. Continuidad y relevo generacional.

El segundo ciclo termina con la salida de Colima de González y de Galindo, el primero por razones personales, el segundo por razones administrativas. González se mueve a la Ciudad de México, Galindo a la Ciudad-Puerto de Veracruz. El tercer ciclo inicia, lo protagonizan las doctoras de la segunda generación, Karla Covarrubias, Guadalupe Chávez, y Ana Uribe, quienes, junto con Ana Zermeño, forman el cuerpo académico del nuevo *Programa Cultura*. Los grandes proyectos que pretenden fundar una escuela histórica quedaron atrás, las redes nacionales e internacionales también. Continúa la revista *Culturas Contemporáneas*, como símbolo de la continuidad, y las cuatro doctoras emprenden proyectos personales y grupales en la ciudad de Colima y en la región. El espacio administrativo también ha cambiado, la SEP dispuso normas que la Universidad de Colima aplicó, y lo que se había desligado en el primer ciclo se ató de nuevo, la vinculación oficial y legal entre el CUIS y las facultades, con Ciencias Políticas y Sociales, con Pedagogía y con Letras y Comunicación. El *Programa Cultura* quedó adscrito a la Facultad de Letras y Comunicación. Así que ahora son otras las circunstancias y otros los actores. Pero no tanto, las tres doctoras colimotas fueron formadas en el *Programa Cultura* del primero y segundo ciclos; Zermeño vivió en bue-

na medida el segundo. Por tanto, los nuevos proyectos e iniciativas tienen parte de aquel entusiasmo y sueños iniciales, y su matriz metodológica y administrativa, así como la historia prescribe, tienen su propia versión de lo que fue, de lo que está siendo, y de lo que será. Lo demás es tiempo, memoria y olvido.

Cuarta

El *Programa Cultura* ha tenido con claridad tres ciclos hasta la fecha: uno que va de 1985 a 1992; el segundo de 1993 a 2000; y el tercero de 2001 a la fecha, 2004. Se puede hablar con una visión histórica de los dos primeros; el tercero está aún en desarrollo, de él sólo se pueden apuntar algunas líneas sobre su trayectoria en proceso. Los dos primeros están marcados por la presencia de la primera generación de los doctores fundadores: Jorge A. González y Jesús Galindo; el tercero por la segunda generación de discípulas, las doctoras Karla Covarrubias, Guadalupe Chávez y Ana Uribe, junto con la doctora Ana Zermefio, de San Luis Río Colorado, Sonora, que llegó en el segundo ciclo para coordinar el doctorado del CUIS, formada en Mexicali y en Barcelona. De esta manera se puede trazar un primer cuadro del movimiento constructivo del *Programa Cultura*.

Esta historia podría comenzar con una idea: la importancia que tiene la Ciudad de México. González y Galindo se formaron y crecieron en esa ecología, la de la capital del país. En su infancia recibieron el efecto de la emergencia de la gran ciudad de los años cincuenta y principios de los sesenta, la formación de la clase media urbana, la primera del país, la nueva fundación de la UNAM, la universidad nacional, en el sur de la ciudad. Ambos educados por familias migrantes, de primera generación en la gran ciudad, de padres profesionales, rodeados del ambiente del consumo cultural y comercial de una nueva clase social. Formados en escuelas particulares de gran prestigio, recibieron la mejor educación posible. Al llegar a la universidad, estudian en la Universidad Iberoamericana, la mejor entre las privadas, y llegan a la mejor escuela de comunicación del país, cuando ahí se realizaba una pequeña revolución universitaria con el modelo experimental de la ANUIES, la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior, aparato nacido después del 68. Ahí participaron de una organización universitaria que permitía recibir cursos en todas las áreas, con currículum flexible

y dentro de una estructura departamental. De ahí que su perfil no sea de especialidad solamente, sino de integración de una pluralidad de ciencias y puntos de vista. Al terminar la licenciatura ambos tienen una formación múltiple: Galindo especializado en Psicología Social, y González en Sociología de la Educación, ambos en la carrera de comunicación.

Los dos continúan su formación en altos estudios en la ciudad de México. El ambiente en ese entonces es de izquierda en el campo de las ciencias sociales. Después del 68 los espacios universitarios fueron cedidos y tomados por el pensamiento de izquierda, y las ciencias sociales se coparon de marxismo y sus variantes. De ahí que ambos expresan tal inclinación durante este periodo. Galindo milita en un partido político de izquierda al tiempo que estudia sociología, lingüística y antropología. González tiene alguna experiencia en teatro popular y continúa sus estudios en sociología. Y es en este contexto que tienen contacto con la nueva izquierda, la que se mueve desde la determinación económica hacia la dimensión cultural de la vida social. Los autores que encarnan esta perspectiva son Althusser y Gramsci. Y entonces, conceptos como cultura subalterna, hegemonía, ideología, se ponen en el centro del análisis del mundo social. Ésos eran los años setenta y principios de los ochenta.

Uno de los difusores de esta corriente en la Ciudad de México es Gilberto Giménez, maestro directo de González durante toda su formación. El más conocido es Nestor García Canclini, que en esos años iniciaba su carrera en el país. Ambos sudamericanos, uno paraguayo, el otro argentino. En esa misma época aparecen la figura de Alberto Cirese, seguidor de Gramsci, que viene a México varias veces; las últimas invitado por el *Programa Cultura*. Y otra figura más, que también es invitada por el *Programa Cultura*, pero no viaja a México nunca, Pierre Bourdieu. El panorama aquí bosquejado es el de la sociología de la cultura. En otra línea van llegando poco a poco los estudios culturales anglosajones, pero con poca fuerza, su momento vendría después.

González se forma bajo la dirección de Giménez, quien también es una gran divulgador del estructuralismo francés en general, dentro del cual él recibe su propia formación. Galindo se mueve primero en la lingüística, y ahí recibe en forma directa la influencia del estructuralismo en su veta más dura, pasa por la sociología marxista, la de la economía, la de la política y la de la ideología. Profundiza su formación en la sociología histórica y en la antropología cultural. Entra en contacto con autores como Thompson, como Vilar, al mismo tiempo que recibe a los

antropólogos británicos y los franceses, hasta llegar a Geertz y la antropología simbólica. Digamos que ambos, González y Galindo, están moviéndose en un espectro amplio del pensamiento social en esos años. Y que la cultura es un referente para ambos, desde la sociología y la antropología. Pero será hasta que trabajan juntos en la UAM-X que ese referente empiece a ser un lugar común en sus conversaciones.

Para los primeros años de los ochenta, estos dos jóvenes estudiosos están en plena formación, y ya son maestros con responsabilidades. González coordina el área de Comunicación, Hegemonía y Culturas Subalternas, en la UAM-X, y Galindo, el Taller de Antropología Urbana en la ENAH. Sus matrices de trabajo son distintas, González trabaja desde la sociología de la cultura, Galindo desde la etnografía y la semiótica. Pero ambos están en la cultura. González trabaja dentro del campo académico de la comunicación; Galindo, en el de la lingüística y la antropología. Sus tesis de doctorado muestran la matriz en común y sus diferencias: la de Galindo es sobre cultura política y movimientos sociales, trabajando con etnografía, historia de vida y análisis del discurso; la de González es sobre frentes culturales y ferias regionales, trabajando con observación participante, entrevista y encuesta. La cultura es su objeto aunque no desde la misma perspectiva.

En el año de 1985 se funda el *Programa Cultura*, una empresa académica que está cercana a cumplir veinte años de vida. Esto no es un hecho común. En el país los programas de investigación no son de larga vida; lo son las instituciones, los aparatos que los cobijan. Así que un programa de trabajo que tiene casi veinte años y dos generaciones claras en su historia es un caso raro. El asunto es entender un poco lo que ha pasado, indagar qué ha permitido esta larga duración más allá de las individualidades, e identificar las aportaciones y propuestas de su trayectoria. De nuevo, el esquema de los tres ciclos. Por una parte, parece que en realidad son dos, la época de González y Galindo, y la época de las doctoras. Desde cierto punto de vista sería justo afirmar que son dos historias distintas, la que fue y la que está siendo. Pero no es así, en realidad la cosa es más compleja, los tres ciclos existen, y cada uno está marcado por circunstancias y matrices distintas, y al mismo tiempo, comparten una sola, y ésa es la noticia y el asunto a explorar.

El primer ciclo, el de 1985-1992, está caracterizado por la propuesta de un proyecto maestro con varias dimensiones en un principio, y la casi inmediata separación en dos. En 1985 el proyecto maestro es el de las

telenovelas, en el año 1986 ya son dos: telenovelas y cultura nacional-cultura regional. Es interesante imaginar qué hubiera pasado si la propuesta inicial hubiera seguido adelante. Pero la realidad es que ese escenario en realidad se dio. El programa se presentó ante su público más directo, el campo académico de la comunicación, con el proyecto de las telenovelas; el otro proyecto vivió una vida sólo dentro de la red y sus conexiones, pero no tuvo vida pública como el de telenovelas: al campo académico de la comunicación no le interesaba, y al campo antropológico le era ajeno por urbano y contemporáneo. En cierto sentido el *Programa Cultura* inauguraba a los estudios culturales en el país; no había ningún otro programa de investigación en esa línea, sólo intereses particulares asociados a la docencia en forma primaria, lo que representa que no había compañeros de ruta ni públicos atentos. Y los estudios culturales que impulsaban eran propios, desde su propia imaginación, hasta donde es posible afirmar algo así. Visto en paralelo, lo que sucedió en Inglaterra y lo que sucedió en Colima, parecen fenómenos hermanos, producto de condiciones semejantes, pero en distintos momentos. El punto es que en ambos había una preocupación por reordenar conceptualmente lo que se entendía por teoría; en ambos hay un interés muy especial en conocer lo que pasa en sus ámbitos y situaciones nacionales con los actores principales, la gente, en el contexto de fenómenos mediáticos y de globalización; en ambos hay un ímpetu individual empresarial con carisma y gran energía. La gran diferencia, y no la única, es que ellos eran ingleses y el *Programa Cultura* es mexicano. Si líneas atrás puntualizaba la gran importancia de la Ciudad de México para fenómenos de ecología académica en nuestro país, México, asunto al que regresaremos en breve, en este caso la importancia de ser primer mundo en habla inglesa también es un hecho que hace diferencia.

El *Programa Cultura* tiene enfrente a la Antropología mexicana como el gran muro con el cual dialogar sobre la cultura en México; la tradición señala a la teoría y la metodología con filiación británica-norteamericana empirista, los objetos son el indigenismo y cuando mucho, el mundo agrario. Las ciudades y el mundo moderno no son trabajadas como cultura; el grupo de Colima inaugura como programa de investigación esta línea de trabajo. Sus interlocutores son el campo de la comunicación, con casi nula densidad teórica y de investigación, y la sociología de cultura tan incipiente y dispersa que no aparece más que en forma individual. Así que en sentido estricto es un pionero en su campo y aún hoy un referente necesario para emprender programas de investigación en cultura.

En su perfil de objeto, el programa inicia mirando a los productores de la industria cultural y a sus públicos consumidores, por una parte, en el proyecto de telenovelas, y por otra, a los actores sociales como movimiento constructivo del mundo desde la percepción, la memoria y la imaginación, sujetos que construyen representaciones del espacio y el tiempo sociales, en el proyecto de cultura nacional y cultura regional. La gama de recursos metodológicos es grande: en telenovelas trabaja con encuesta, con entrevista, con etnografía; en cultura nacional-cultura regional con entrevista, historia de vida, análisis del discurso. Este perfil de ensayo de recursos técnicos y aplicación de programas metodológicos lo lleva a cerrar su primer ciclo con un encuentro con el mundo analítico de la cultura en México, un evento patrocinado por el SEC-CNCA, que se trabaja durante un año, 1991-1992, y se publica después en libro. Ahí confirma el grupo de Colima que está por delante del resto del campo y que está acompañado por un movimiento no visible con el suyo, de estudio y comprensión de la cultura mexicana hacia finales del siglo veinte. En ese coloquio no aparecen las figuras actuales de José Manuel Valenzuela y Rossana Reguillo sencillamente porque aún no existen, pero sí aparece la de Gilberto Giménez, que es un referente común en estos asuntos para muchos, a veinte años de distancia, como maestro más que como investigador.

Al iniciar el segundo ciclo, González propone en asociación con el SEC-CNCA, un proyecto de investigación que va a la par que la construcción de un sistema de información cultural nacional en el CNCA. El proyecto, FOCYP, es armado sin referentes teóricos completos que guíen la búsqueda, registro y análisis de información. La matriz es una gran base de datos sobre la cultura en México. El objetivo es proporcionar al país un sistema de información para avanzar proyectos de todo tipo. Por primera vez se trabaja para obtener información básica para alimentar un sistema para uso nacional, público, para todo tipo de usuario. El proyecto siendo del CNCA es realizado por el programa cultura y su red nacional. Aquí aparece una doble situación, por una parte no es un proyecto del programa, es de un aparato federal de la cultura, pero por otra sí es del programa, porque responde a las iniciativas y propuestas que se impulsaban en el primer ciclo. El resultado es ambiguo pero maravilloso. La red no entiende bien lo que pasa, González tampoco tiene claro del todo lo que sucede, y al primer cambio en el aparato federal, el proyecto se interrumpe y todo queda en el aire.

El primer ciclo tiene una configuración más ortodoxa en su organización que el segundo, proyectos de investigación, publicaciones, sistemas de información, ponencias, profesores invitados, sistema nacional de investigadores, campo académico en la frontera de la sociología, la antropología y la comunicación. Pero con la gran innovación académica de la red de trabajo nacional e internacional, eso sale de la norma del momento, es algo casi incomprensible para el campo académico. Y habría más qué puntualizar, pero este espacio no permite tantos detalles. El gran movimiento es hacia el segundo ciclo. Aparecen las tecnologías de información y comunicación como elementos centrales en la construcción de las relaciones académicas y de investigación en particular. Las computadoras fueron utilizadas desde el inicio por el *Programa Cultura*, una práctica que lo distanciaba del resto del mundo de las ciencias sociales en México en casi todo el país. El programa estaba construyendo sistemas de información (en 1985) en forma digital. Para los años noventa aparece Internet, y de nuevo el programa es de los primeros en adoptar la nueva tecnología para construir relaciones de trabajo. Al configurarse la RICC, todo pasa por la Internet, desde el correo electrónico, el *chat*, hasta los grupos de discusión. Y por otra parte la formación de GACI, un grupo único en el país dedicado a la promoción de la cultura de investigación. El programa se separó del resto del país: era en ese momento una auténtica vanguardia académica. La respuesta de los interlocutores ante las iniciativas con cierta autonomía era muda, de desconfianza, de ignorancia, de asombro, y en algunos casos, de entusiasmo solidario. Y la respuesta dentro de los aparatos del Estado termina en cortes de presupuesto o cambios de política y norma administrativa.

Mientras esto sucedía hacia fuera, dentro se gestaba la segunda generación. Las estudiantes, todas mujeres, formadas dentro de la escuela de comunicación de la Universidad de Colima, habían salido a estudiar posgrados y estaban de regreso. González las convocaba a seguir trabajando con él, ellas tomaban distancia. No había claridad sobre el lugar que les tocaba; el programa había pensado en doctores pares, pero ellas eran discípulas. Era de esperarse que hubieran crecido, pero no había lugar para ellas. Decidieron construirlo y propusieron un proyecto convocando a la red nacional, al estilo de González. González casi al mismo tiempo convoca a otro proyecto a la misma red. Se presenta una situación límite, la red que trabajaba para Colima sólo podía atender a un proyecto a la vez, la otra red, la RICC no estaba montada para operar con Colima al centro. Después de un momento de confusión y tensión, la situación se resolvió, la organización permitía que los dos proyectos convivieran; el

problema se dio a nivel local con los grupos asociados en el país, no estaban acostumbrados a tanta dinámica. Ese momento aparece como un punto en el cual las dos configuraciones de red se encuentran, y la complejidad se asomaba exigiendo más orden. Lo que sucedió entonces no fue un salto hacia arriba, tampoco hacia abajo, sólo pasó que la organización llegó a su límite y se colapsó.

La matriz teórica y metodológica seguía enriqueciéndose con las experiencias que venían de varias iniciativas, el programa era interlocutor de los avances tecnológicos y metodológicos de todo tipo, el número de participantes había aumentado, las redes trabajaban en una complejidad aumentada, la revista se difundía nacional e internacionalmente, los proyectos avanzaban y aumentaban, el doctorado estaba en funciones. Todo en apariencia estaba andando. Pero de pronto el movimiento se detuvo. El ciclo se cerró abruptamente, llegaron los nuevos sabáticos de los fundadores, González se fue a Barcelona, Galindo esperó a que regresara como en la ocasión anterior. De nuevo la iniciativa de reorganizar el programa con las nuevas integrantes. Pero González no volvió, regresó a la Ciudad de México después de casi veinte años. Y Galindo entró en conflicto con las autoridades de la Universidad, renunció. El nuevo ciclo empezaba, los fundadores se habían ido; de pronto, todo había cambiado. Las doctoras quedaron con una infraestructura y una organización hecha a la forma de los que se habían ido, por un instante parecía que no pasaba algo grave en lo particular. La presencia de la Ciudad de México se había retirado, sólo quedaba Colima y la historia vivida. Karla Covarrubias es madre por primera vez, se retira en parte de la acción cotidiana del programa. Ana Zermefío se dedica a su proyecto individual teniendo como responsabilidad principal la de ser directora del CUIS. Guadalupe Chávez se dedica a terminar su tesis de doctorado, y emprende poco a poco proyectos sobre lo local. Ana Uribe vuelve a Colima al terminar su período de formación en el 2003. Sólo la revista se mantiene en la dinámica de siempre, símbolo de la continuidad a lo largo de los tres ciclos, lo cual merece un comentario aparte en un lugar distinto a éste. Han sido tres años de acomodo, de ajuste de los huecos dejados. Parece que ahora el nuevo proceso inicia. Covarrubias, después de la maternidad, continúa con su proyecto personal sobre cultura de la pobreza y religión, continuación de su tesis de doctorado. Chávez enfocada en lo metodológico y la dimensión organizacional de la investigación, trabaja sobre cultura juvenil y cultura de la salud. Uribe inicia un proyecto sobre cultura de la migración. Y Zermefío continúa con su investigación sobre la brecha digital dentro de la temática de la cultura tecnológica y la cibercultura.

El Programa Cultura continúa.

Quinta

El próximo año, el 2005, el *Programa Cultura* cumple veinte años de vida. Tiene historia qué relatar, y ha sido figura. Algo necesario para nuestro campo académico nacional es reconocer los esfuerzos y los logros, aquí, en esta historia de dos décadas; hay mucho qué indicar en los dos sentidos. La razón por la cual esta empresa no ha tenido un mayor reconocimiento, por una parte, y no ha sido ejemplo para tantos que lo necesitan, por otra; es un tema que se refiere a la misma composición y organización de la vida académica nacional. En México todo es coyuntural, y si antes las localidades tenían la oportunidad de vivir y hacer su propia historia, fuera ésta la que fuera, ahora son las guías de la Secretaría de Educación Pública y los acuerdos con el Banco Mundial los que marcan los límites de lo posible y de lo deseable en la vida cotidiana y los proyectos de desarrollo en las universidades públicas del país. Muchas de estas guías y normas fueron experiencias que el *Programa Cultura* vivió por su propia iniciativa y bajo su propio interés e imaginación. Y no tuvo todo el apoyo que se hubiera deseado, y aún así fue productivo. Ahora que todo es norma y prescripción, las condiciones de creatividad y acción se reducen a cumplir con protocolos, la burocracia piensa y decide por los maestros e investigadores de este país. Y con esto quiero señalar que los caminos largos y cortos a la plenitud que el *Programa Cultura* recorrió fueron resultado del entusiasmo, la pasión y el trabajo guiados por sueños realizables y no tanto. La libertad fue la condición de este impulso. Si hoy esa libertad se pone bajo la forma de una prescripción y sus restricciones correspondientes, la situación es aún peor que la falta de recursos y apoyos. ¿Cuáles serán las condiciones hoy para que nazcan nuevos *Programas Culturales* en nuestro territorio nacional? Serán tiempos aún para soñar y vivir con pasión la realización de un sueño.

El *Programa Cultura* nació bajo ciertas condiciones de la historia personal de sus fundadores y de la época que les tocó vivir. Una década después de sus primeras actividades, el Estado, el propio gobierno de la República, lo reconoció como un ejemplo para el sector cultural. Guillermo Bonfil, que había renunciado a la Dirección General de Culturas Populares, aparato de gobierno nacido del 68, y orgullo de la gestión pública para la cultura mexicana, lo hizo porque consideró que la burocracia y sus límites no daban para más. Cuando acepta la invitación de Víctor

Flores Olea, flamante primer presidente de CONACULTA, lo hace bajo el reto de que ahora sí sería posible construir un espacio de participación en las políticas públicas y sus acciones correspondientes. El encargo consistía en buscar las opciones de guía intelectual para responder a las responsabilidades y compromisos del gobierno federal en asuntos de cultura. Lo que hace es recorrer el país durante más de un año para conocer las opciones presentes en los diversos medios intelectuales. Y encuentra al *Programa Cultura* y lo toma como modelo para la organización y funcionamiento del SEC, bajo su mando. Nadie lo notó, o no quisieron notarlo. El *Programa Cultura* estaba adelantado a su tiempo a principios de los años noventa. Y llegó a su plenitud en esa década. Todo lo que sube está condenado a bajar, y el programa no fue la excepción. Después de este estado de plenitud vino la caída. La pregunta hoy es por las condiciones que hicieron posible su aparición, y las que pueden hacer posible la aparición de otros casos semejantes. La creatividad, la pasión, el orden, la productividad y la mística, no son una combinación fácil ni sencilla. Si una vez fue posible, puede ser posible otras veces. Y ahí está la importancia de no olvidar la historia del *Programa Cultura*.

Vallejo, 10 de abril de 2004

Notas y referencias bibliográficas

- Covarrubias, Karla, Angélica Bautista y Ana Uribe (1994) *Cuéntame en que se quedó*. Trillas, México.
- Chávez Méndez, Ma. Guadalupe (2002) *Práctica de la lectura en México*. Red Altexto, Colima.
- Espinosa, Guillermo, Lilia Cruz y Jesús Galindo (1998) *Algo del tonal de nuestros tiempos. La vida personal de protagonistas de una invasión urbana*. IIMAS-UNAM, México.
- Galindo Cáceres, Luis Jesús (1994) *Cultura mexicana en los ochenta*. Universidad de Colima, Colima.
- (coordinador) (1998) *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. Addison Wesley-Longman, México.
- (1998b) *Sabor a ti. Metodología cualitativa en investigación social*. Universidad Veracruzana, Xalapa.
- y Jaime Ochoa (1997) *Leer lo social. Las historias de vida. Dos aproximaciones*. UIA- León, León.
- (1995) *Política, cultura y comunicación*. UIA- León, León.
- y Carlos Luna (coordinadores) (1995) *Campo académico de la comunicación*. CNCA-ITESO, Guadalajara.
- (1990) *La mirada en el centro. Vida urbana en movimiento*. ITESO, Guadalajara.
- (1994) *Entre la exterioridad y la interioridad. Apuntes para una metodología cualitativa*. ITESO, Guadalajara.
- González, Jorge A. (1992) *Más culturas. Ensayos sobre realidades plurales*. CNCA, México.
- (1996) *Una mirada oblicua a la religión popular en México*. UIA- León, León.
- (2003) *Culturas y Ciberculturas. IncurSIONES no lineales entre complejidad y comunicación*. UIA, México.
- (compilador) (1998) *La cofradía de las emociones (in)terminables*. U de G, Guadalajara.
- y Ma. Guadalupe Chávez (1996) *La cultura en México I. Cifras clave*. CNCA-U. de Colima, México.
- y Jesús Galindo (coordinadores) (1994) *Metodología y cultura*. CNCA-SEP, México.
- Lameiras, José y Jesús Galindo Cáceres (ed.) (1994) *Medios y mediaciones*. Colegio de Michoacán-ITESO, Guadalajara.
- Uribe Alvarado, Ana B. (2001) *Los medios de comunicación en Colima*. Universidad de Colima, Colima.
- Zermeño Flores, Ana Isabel (2000) *Fragmentos de cotidianidad televisiva y otras tecnologías*. Universidad de Colima, Colima.